

y de buen grado aquellos artísticos y brillantes discos de níquel que venían á proveer á una urgente necesidad del comercio al menudeo. Ya, por la falta ó menoscabo de la antigua monedita de plata y de cobre, se habia recurrido en la capital misma del país á medios primitivos, tales como panecillos de jabon, expedidos por los tenderos de los barrios de la capital como un supremo instrumento de cambio. Se tocaba al punto de retroceder hácia nuestros viejos padres, los aztecas, entendiéndose los modernos mexicanos con sacos de cacao para la adquisicion de los artículos de necesidad diaria. En tal situacion, la nueva moneda caía como llovida del cielo; se la admiró y se la amó; viejos y niños se la disputaban como si fuesen los *volos* de bautizo lanzados á la multitud por pródigo padrino. . . . Luego se supo que un pequeño especulador de México, Degress, en combinacion con un grande especulador de los Estados Unidos, Jay Gould, se habian arreglado con el gobierno de México para dotar al país de cuatro millones nominales de moneda de níquel, extraída, en pura calidad de metal recortado en pequeños discos, de Alemania y traída á México pa-

ra ser acuñada en el Palacio del Gobierno por medio de máquinas trasportadas allí, al efecto, de Estados Unidos. Habia De Gress partido á Alemania para asistir á la fabricacion de los *copeles* ó fichas de la moneda y habian sido establecidas en el fondo del patio principal del Palacio las máquinas de acuñacion. Los copeles, ligeros, impresionables hasta el grado de retener fielmente los más finos detalles del troquel, salian maravillosamente acuñados y de ahí el primer prestigio de apariencia y de novedad de la moneda-níquel.

II.

El pueblo, por lo tanto, que no razona ni profundiza sobre la procedencia y fines ocultos de las cosas que le son útiles, estaba bien dispuesto para aceptar como signo de transaccion el metal extranjero. . . . Y el Gobierno ¿qué hacia?—Manuel González, Fuentes Muñiz, el contratista De Gress, Ramon Fernandez, D. García, todos ellos, reunidos

Tomo II.—9.

en torno de las máquinas que gemían y machacaban día y noche arrojando los millones de moneditas de uno, dos y cinco centavos, se preguntaban sobre los medios de ponerlas en movimiento y entregarlas á la circulación. Una idea dominaba sobre las demás en algunas de aquellas cabezas. Era que las monedas habían costado un 33 por ciento ó sea próximamente una tercera parte de lo que representaban. «Puesto que un peso de estas moneditas, nos ha costado treinta y tres centavos, podemos vender el peso aún á la mitad de su valor ó sean cincuenta centavos, y ganaremos.» Desde el momento en que un pensamiento así formulado surgiera en el cálculo de Manuel Gonzalez y los suyos, la moneda ya perdió para ellos sus principales caracteres de tal, y se les presentó como una mercancía que era preciso vender por mayor. Y se vendió primero á una casa española á la que el Gobierno había dejado descontenta por la rescisión de un contrato de venta al por mayor y con descuento de las estampillas del Timbre. Así, aquellos hombres, decididos á hacer de la moneda una mercancía, hicieron de ella también un medio, una especie de *gran cadeau* para captarse el bene-

plácito de una casa fuerte. Se la vendieron en grandes masas trasportadas en carros del interior de Palacio á la casa del comprador, y el precio de compra fué pagado en una porcion de dinero y otra de papel estancado. Estaba á la sazón en su período vivo y ardiente, una cuestión de reclamaciones recientemente formuladas por el Ministro español, en nombre del Gobierno de su nación y ante el de México, sobre el pago de los créditos que dieron pretexto á España para intervenir en los principios del proyecto de Intervencion de 1861, y cómo el Ministerio mexicano de Relaciones exteriores contestara con alguna energía y actitud á tales reclamaciones sobre una deuda exhumada del panteon histórico donde se pudre la memoria de Maximiliano y de Napoleon III, se esperaba que una réplica igualmente ruda de parte del Gobierno español, orillase á México á un conflicto internacional con la madre España. Y en prevision de ese conflicto, y con la mira de evitarlo, dió orden Manuel Gonzalez á su ministro Fuentes Muñiz de que amortizase con níquel cuanta cantidad le fuese posible amortizar de los créditos de la Convencion Española. Se quiso hacer valer esta operacion como

un gran golpe de astucia en un enredo diplomático, y el ministro Fuentes Muñiz comenzó en tal virtud á exigir de la casa compradora de níquel que cubriese con títulos de dicha deuda la porcion de papel estipulada, en pago de la pequeña moneda. De esta suerte, los discos labrados de níquel fueron hechos primero mercancía, despues agasajo á una asa fuerte, y por último, instrumento de pago de una deuda exterior legalmente extinguida por el presidente Juarez. . . . ¡Aquellos discos eran todo, ménos moneda! . . . El Gobierno no daba un paso que condujera á ese objeto que debía ser el más directo de su creacion. . . . ¿Y qué sucedió?—Lo más singular que ha sucedido á moneda alguna desde que la inventaron los fenicios.

III.

La Depreciación.

Más de medio millon de pesos (níquel) vendido á la casa española por una pequeña parte de plata y otra gran parte de papel de la mencionada deuda

significaba haber entrado en su poder varios millones de moneditas. Esa dotacion enorme hecha por el Gobierno á un solo individuo ó por lo ménos á un solo establecimiento mercantil, colocaba á éste en la necesidad de prescindir de emisiones al momento para poner en movimiento toda la suma adquirida. Ni la ley autorizadora de la emision ni el contrato de compra-venta entre el Gobierno y la casa adquerente ponía á ésta, limitacion alguna en cuanto á los términos del traspaso. Y en consecuencia la casa española despachó el níquel en cajas, como si se tratase de expender arroz ó garbanzo. . . . Por ese tiempo se estaban reconstruyendo en México las casas de la calle del 5 de Mayo derribadas en parte para hacer el ensanche de los escuetos callejones que afeaban y entrecerraban tan importante vía pública, y necesitando dinero los reconstructores, la casa española se los ofreció en níquel pagadero á cómodos plazos y sin ningun rédito. . . . Era éste el segundo paso dado en el camino de la depreciacion. El Gobierno, cambiando el níquel á la par por el valor escrito del papel de la Convencion Española cuyo valor corriente no

pasaba del 40 por ciento, había dado el primer paso en ese camino.

Luego las operaciones de traspaso se multiplicaron hasta perderse como innumerables riachuelos de níquel en el gran mar del público. La moneda sacada en carros del Palacio, transportada en cajones por los almacenistas de la calle Capuchinas, llegaba en cajones y rollos á los mostradores de los tenderos de la calle Tacuba. Allí, en esa arteria del pequeño comercio se fué notando la depreciación progresiva del níquel como se notan los cambios de la atmósfera en el mercurio de un tubo barométrico. Fijáronse en las puertas de algunas tiendas carteles que marcaban el descuento con que se daba y recibía la moneda-níquel. Se empezó por poco: los carteles no acusaban una depreciación mayor del 2 y del 4 por ciento. . . . Pero algo vino á precipitar ese movimiento hácia abajo que alcanzando ciertos límites llegaría, ya no á depreciar la moneda sino á envilecerla.

Y allí fue donde D. García I que había estado en el extranjero y había visto las máquinas acuñadoras del níquel, salió y dijo repitiendo el mote del Duque: "¡qué rey!" . . . Al mismo tiempo cuando en Ramón Fernández la alianza poderosa del Ministerio de Hacienda presentaba

IV. El Envilecimiento.

Al autorizar el Congreso al Gobierno para la creación de la moneda-níquel, le había facultado también para amortizar toda la pequeña moneda de plata y de cobre. El Gobierno de Manuel González no dispuso nada para hacer por sí mismo ese trabajo de recolección que hubiera podido combi-
nar con la emisión lenta, regular y distributiva del níquel invitando directamente al público á un cambio equitativo de sus gastados medios y reales y de sus mugrientos *flacos y centavos* por los *quinientos* de níquel, nuevos en sí mismos, y no manchados todavía ante el concepto público por transacciones depreciadoras y sospechosas. . . Pero Manuel González no dió un paso en ese sentido. Parecía haberse propuesto dejar que lo dieran por él la especulación y el interés privados. . . . Y así fué. . . . Salió primero la casa española pretendiendo subrogar al Gobierno en esa tarea de amortización.

Y allí fué donde D. Garcia I que habia estado contemplando, pensativo y ávido, las máquinas acuñadoras del níquel, saltó y dijo, repitiendo el mote del Duque: "aquí estoy yo". . . . Al mismo tiempo, buscando en Ramon Fernandez la alianza poderosa del Mefistófeles de la situacion, presentó por el apadrinado, proposiciones de concesion para amortizar la antigua moneda menuda, las cuales le fueron aceptadas sin vacilacion por Manuel Gonzalez.

Y en virtud de ello se hizo un contrato á la sombra, frente al cual se procuró que no apareciese mas que la eterna personalidad extranjera, francesa, alemana ó yankee cuyo nombre se busca para que sirva de razon social de todas las compañías mexicanas en que intervienen personajes oficiales obrando con manos postizas. Esa personalidad fué encontrada en un comerciante, de nombre Gutheil, á quien Ramon Fernandez y D. Garcia interesaron parcialmente en un contrato que pactaba:

- Que el tal Gutheil recojeria reales, medios y moneda de cobre;
- Que la moneda de plata recojida seria reacuñada en pesos y moneda decimal por cuenta del Gobier-

no y la de cobre dejada en poder de Gutheil para que la traficase con aplicacion á usos industriales;

-Que la moneda de plata reacuñada seria devuelta á Gutheil;

-Que como en esta operacion de reamonedacion sufriria la nueva moneda una merma calculada, por término medio, en un 20 por ciento de reduccion de la moneda nueva sobre la antigua, el Gobierno indemnizaria al contratista pagándole esa merma ó diferencia en moneda níquel y por último:

-Que el Gobierno se obligaba á amortizar todos los créditos de papel estancado (¡aquí el papel!) que le presentase el contratista fuesen cuales fuesen esos créditos en calidad y número, pagándolos en níquel al 33 y $\frac{1}{3}$ por ciento de la representacion nominal de los créditos.

Sintetizando las condiciones de este contrato en una operacion que sirviese de tipo á todas las que en virtud de él se hicieren, resultaba:—Gutheil, es decir, D. Garcia y Ramon Fernandez, colectaban mil pesos, en moneda menuda deteriorada adquirida probablemente con descuento. Esos mil pesos en medios y reales entregados al Gobierno para su reacuñacion se convertian en ochocientos pesos

relucientes de nuevos que volvían al poder de los contratistas con *doscientos pesos* más en moneda-níquel. Luego, como una operación adicional, compraban los contratistas *trescientos mil pesos* en créditos del papel de la deuda interior el más depreciado y adquirido aquí y allí entre los hambrientos y los desesperados, al 3, al 4 ó á lo sumo, al 10 por ciento de su representación escrita, y esos *trescientos mil* que no habían costado á los contratistas más que *diez mil ó quince mil pesos*, les valían *cientos mil pesos* en moneda-níquel entregada por el Gobierno.

Aún quedaba para los contratistas otra ganancia adicional, porque en lo anterior no se ha considerado más que el caso de que la moneda coleccionada fuese medios y reales. En el de que fuese tlacos y centavos, el contratista nada ó muy poco perdía en la recolección. . . . ¿por qué?—Porque el valor representativo del cobre hecho moneda no difiere en México de su valor real en calidad de puro metal. De ahí que el pueblo tendiera con tanto empeño á destruir la moneda de cobre aplicándola á la fabricación de utensilios (marmitas, caserolas etc.) y á otros usos industriales. Los contratistas,

pues, al recojer *mil pesos* en centavos sustraídos á la circulación, conservaban sus *mil pesos* indestructiblemente vinculados en la materia misma de la moneda. Y sin embargo, el Gobierno, según los términos generales del contrato, les abonaría el 20 por ciento ó 200 pesos en los 1,000, por el simple hecho de la recolección.

¿Qué papel representaba el níquel en las más de las partes de esa operación?—El papel de *ganancia* para los Fernández y Garcías. Más de *un millón de pesos* en moneda-níquel adquirieron de esa suerte, y ante tan inmenso montón de moneditas se sintieron como dos tahures, que combinados, han desmontado al *monte*. La ganancia adquirida á poco costo se menosprecia; la adquirida á la vuelta de un albur ó en un tumbo de dados, se disipa, se derrocha, se envilece. El envilecimiento del níquel tendría que salir de entre el caudal acaparado por aquellos dos hombres, como de su fuente natural. Y el momento llegó, en que sobre la crisis social que se pronunciaba cada vez más sobre la administrativa que despuntaba en las quincenas atrásadas, con gran espanto de la clase media, se dibujó el fantasma de otra crisis mayor que debía envol-

ver en sus desastres á la sociedad y á la Administración.....

La crisis monetaria.

Bajo dos aspectos se presentaba: el comercio grande atacaba la crisis, el pequeño se defendía de ella. Los comerciantes cuyo comercio se fundaba en importaciones directas del extranjero, se lanzaban sobre la nueva moneda, se aprovechaban del estado de depreciación y envilecimiento á que la había impulsado el Gobierno, y como éste se había obligado á aceptarla desde su creación, en pago de los derechos aduanales, los comerciantes, con la tranquilidad de conciencia que inspira la idea de robar á los ladrones, acaparaban á su vez el níquel vendido por los grandes contratistas al 10 y al 20 por ciento, y se servían de él para meterlo, por su valor representativo en las Aduanas marítimas, en pago de derechos de importación.

Con esto se hizo un juego de toma y daca, el mas gracioso. Andaba el níquel al mal llevar y al peor traer de México á Veracruz y de Veracruz á México, entrado primero en la Aduana veracruzana por su valor nominal, llevado luego á la Tesorería del Palacio Nacional y sacado de allí para ser ofrecido otra vez á contratistas que no lo aceptaban sino con un descuento menor en relacion con la progresiva depreciación de la moneda. Así el Gobierno quedaba reducido al ingrato papel de comerciante idiota que se divertiese en arruinarse á sí mismo. Emitía el níquel con un descuento que, para calcular santamente, pudiera calcularsele en diez por ciento, de suerte que suponiendo una emisión de mil pesos en níquel, le resultaban novecientos pesos en sus arcas; recibía luego los mil pesos en níquel á la par en pago de derechos; y como entretanto, la depreciación había estado siguiendo su curso descendente, tenía el Gobierno que emitir de nuevo los mismos mil pesos con el veinte por ciento de descuento ó sea con una reducción á ochocientos de los mil que volvían á entrar en las Aduanas con el valor de mil... Movimiento en espiral que iba estrechándose hasta arrojar á

la faz del Gobierno su níquel depreciado en un cincuenta por ciento, ese movimiento resultaba del que producía el comercio importador atacando la crisis.

El ataque á la crisis del comercio en grande se resolvía, pues, en contra del Gobierno.—La defensa del comercio en pequeño se hacía de otra manera y se resolvía en contra del pueblo. Y un movimiento contra el pueblo en que éste lucha por no ser arrastrado, si se le considera en todo un país es *revolucion*, si se le considera en una capital es *motin*.

VI.

El Motin.

El centavo es el *Don Dinero* del pobre quien no se inclina á ver la moneda sino por su aspecto fraccionario. Por eso una moneda depreciada le afecta tanto. Es el *Don Dinero* que se le escapa, se le escurie por entre los dedos, se achica como un duende de conseja. Lleva él el pobre, en el puño cer-

Yado, su pieza de diez centavos; el amo á quien sirve se la ha dado por tal, la cifra en ella estampada se lo declara y el compadre á quien él ha preguntado porque *sabe bien las letras y los números* le confirma que allí dice ciertamente "10 centavos." Llega al tendajo, entrega la moneda y pide comestibles *por diez*; pero el tendero que toma la moneda no le da comestibles mas que *por ocho*. Dos centavos se han escurrido. . . . *Don Dinero* se va. . . . El plan de vida de un día se le trastorna al pobre con esa reduccion de su moneda. En los dos centavos perdidos estaban vinculadas necesidades cuya no satisfaccion se traduce en privaciones y dolor. . . . Interpele al tendero, le reclama. . . . ¿Como es posible que lo que es como diez sea como ocho? El tendero le arguye en vano; el pobre pide á gritos el *deficit*, trata al tendero de ladrón y las cosas llegan á tal punto que se hace necesaria la intervencion del gendarme. Y el gendarme llega afirmando que el tendero tiene razon y que está en su derecho al hacer valer como ocho lo que vale como diez. . . .—¡Ah! ¿Con que sí. . . ? Y usted, señor gendarme, usted que llega á autorizar la pérdida de mis dos centavos. . . . usted ¿qué es? . . .

usted es el Gobierno, es decir, su agente... Y siendo así que el Gobierno ha sellado y echado mi moneda del Palacio á la calle para que valga como diez y siendo así tambien que el mismo Gobierno ha autorizado á mi amo para que me la de por mi trabajo con tal valor, viene, sin embargo, á decirme ahora por boca de usted que está bien que mi moneda se me la haga valer como ocho!!... Y el pobre sale á la calle diciendo á todos que el Gobierno le ha robado...

VII.

Tal sentido tomaba en el ánimo del pueblo de la ciudad de México la crisis monetaria de 1883. En los últimos días de Noviembre la *defensa* del pequeño comercio se había organizado en terribles condiciones para la clase pobre. Ya los comerciantes en pequeño del Poniente de la ciudad se habían reunido para concertar los medios de contrarrestar los efectos de la progresiva depreciación de la moneda, decidiendo recargar los efectos de primera

necesidad con un aumento de un veinticinco por ciento. Y tras esa medida colectiva, vinieron los esfuerzos y arbitrios aislados:

En las panaderías de una calle céntrica se colocó el pan dividido en dos compartimentos; en uno de ellos había pan bueno y en el otro pan crudo, duro ó quemado; encima del primero, un letrero decía: *pan por plata*, encima del segundo otro letrero decía: *pan por níquel*.

En la mañana del 27 de Noviembre, unos carteles aparecieron á las puertas de algunas carnicerías de la calle de San Lorenzo, en los cuales se leía en grandes letras: *solo en plata se vende*. Ese letrero, lo mismo que la clausura de algunas otras carnicerías cuyos dueños suspendieron sus comercios porque los abastecedores del Rastro no querían vender la carne sino en plata, significaba una prolongada vigilia *sin pescado* para muchos vecinos pobres que se alejaban de las carnicerías cabizbajos; y sin duda por eso:

El 3 de Diciembre, un pobre hombre que pasaba por la calle de las Ratas gritó derepente "¡muera el níquel!" y, al oír tal grito, un gendarme disparó sobre él su rewólver errando, por fortuna el tiro...

Tantas complicaciones por causa de fragmentos de metal, tanto hablar de níquel y maldecir de él, tanto bajar en la escala de la depreciación del seis por ciento al diez, del diez al veinte y del veinte hasta el cincuenta, tanto llevarlo y traerlo en talegos, cajas y carros por calles y caminos, tanto ostentarlo en las plazuelas como artículo de baratillo, vendido como mercancía ínfima entre las naranjas y los cacharros de cocina, todo eso unido acabó por producir un malestar tan profundo que pareció que el metal amonedado esparciéndose por toda la atmósfera social hacía fatigosa la respiración y la vida. El níquel llegó á ser en México el objeto de todo lo que hay de sátira, de todo lo que hay de imprecación en el hombre. El pueblo bajo desahogaba su malestar en vagos sentimientos de tristeza por algo muerto y se reunía en las esquinas y en las plazas para leer ó comentar papeles satíricos en que la frase predominante era "La muerte de la plata."—La plata muere, el metal nacional es ocultado por el Gobierno, arrebatado al país, para darle en cambio ¿qué? un metal extranjero de no se sabe dónde, depreciado, inútil... Luego examinaba cada cual el puñado de níquel

sin salida que poseía, ahorro obligado de sus salarios, y mostrándose unos a otros sus puñados les parecían enormes.... Los cuatro millones de níquel importados por el Gobierno parecían poco para tanto.... ¿De donde salen tantos talegos y cajones paseados en carros por la ciudad....? Preciso es que se esté metiendo de fuera más de lo importado por el Gobierno.... Ellos, los extranjeros, sobre todo los yankees, nos están inundando de níquel, y la palabra "contrabando" corría de boca en boca con acentos de indignación.... Mujeres había, indias miserables, descamisadas y descalzas que, requeridas por el gendarme para aceptar el níquel con la depreciación corriente, lo arrojaban con desprecio al suelo, cuando no á la cara del gendarme.....

Así se expresaba y así sentía el corazón del pueblo sin que las clases superiores dejasen de responder con su propia turbación á la turbación popular.... El mismo De Gress, el afortunado contratista, bajo cuya agencia y dirección se importó el níquel de Alemania, resentido del esfuerzo de cálculo y la preocupación mental á que se entregó con motivo de su contrato monetario que jamás

quiso él considerar sino como un negocio personal, moria en San Luis Potosí, por los días de la crisis, víctima de una anemia cerebral no más fuerte que la anemia comercial por que México atravesaba con ocasion del metal que el difunto proporcionó á la accion interesada y torpe de un Gobierno. . . . Por los mismos dias tambien un periodista (*) se volvía loco, y como si en su razon trastornada recojiese toda la locura de la empresa monedera, como si á ella acudiesen y en ella se concentrasen las mil turbaciones producidas por la inmensa masa de níquel tan traída y llevada y discutida, como si eso fuera, aquel periodista gritaba dia y noche en su celdilla del Hospital de dementes de San Hipólito: "¡Quiero níquel. . . . ! Traíganme mucho, mucho níquel. . . . !"

VIII.

Se declara el motin.

Una situacion como aquella tenia que romper

(*) Pedro Castera.

se por algun lado, y Manuel Gonzalez decidió regularizar y hacer insensible el rompimiento. Evocó las malogradas advertencias de su ex-ministro Landero que le habia demostrado las inconveniencias de emitir la moneda-níquel sin imponerle ninguna limitacion en cuanto á su oficio de instrumento en las transacciones. "Le impondré límite; será éste aplicable á los pagos entre particulares, á los pagos del Tesoro, á la admision de la nueva moneda en las Aduanas. . . . Y movió su Congreso con la facilidad con que movia Hércules la clava, para el efecto de iniciar ante él un proyecto de Ley que impusiese al níquel las mencionadas limitaciones. Era esto de los últimos dias de Noviembre á los primeros de Diciembre. El pueblo corria á presenciar las sesiones parlamentarias en que se representaba el usual aparato de debate, cerrado ruidosamente en la sesion del 3 de Diciembre con enérgico discurso del diputado Vicente Riva Palacio, raro elemento de independencia y espontaneidad en medio de una Cámara que, como el cortesano de Damócles temblaba bajo una espada. Habló en su discurso todo lo que flotaba de razon y justicia, en las confidencias, en las sá-

tiras y en las imprecaciones del pueblo respecto á aquella degeneracion de las facultades monetificadoras de un Gobierno llevadas á servir especulaciones y grangerías, habló el sentimiento público excitando á los diputados á votar más bien en favor del remedio radical de la abolicion que en el de limitaciones ya inútiles de la moneda depreciada, y habló, por último, la pasion del momento condensada en frase incendiaria en que el diputado provocaba al pueblo á "quemar en la plaza pública las máquinas en que se amonedaba el níquel."

La conciencia adormida de la Cámara no se conmovió á esos acentos, y el Proyecto de limitaciones al movimiento de la moneda tales como quiso imponerlas el Gobierno, fué elevado al rango de ley por 110 votos que solo tuvieron en contra una exígua fraccion de 12..... ¿Y qué representaban tales limitaciones?... Fuerza retrasada y perdida.... Que el níquel no fuese de curso forzoso entre particulares sino hasta la cantidad de 20 centavos en cualquier pago. Esta limitacion que hubiera salvado la moneda en el principio, restringiendo sus aplicaciones mercantiles á pequeños

valores, resultaba torpe y exactora cuando la moneda desacreditada estaba envilecida y era desechada aun en las más pequeñas fracciones. En virtud de ella, el obrero que vive al jornal diario de 50 centavos, tenia que recibir 20 en moneda-níquel, y en virtud de ella tambien, el comerciante al menudeo cuyos efectos se realizarian por níquel en fracciones de 20 ó ménos centavos, se encontraría, al liquidar sus operaciones diarias, con muchos pequeños factores de níquel cuyo producto total representaba para las operaciones en globo del comercio, en número el cero, en movimiento la inutilidad de un valor estancado.... La medida, por lo tanto, afectaba, en la sociedad á los más infelices, en el comercio á los más pequeños, quienes, por su parte, se desquitaban del privilegio odioso añadiendo en contra de la moneda la depreciacion á la depreciacion.... La moneda ya no bajaba, sino rastreaba.... En un dia dado, el 20 de Diciembre de 1883, se cambió tanta cantidad de ella en mostradores de tiendas y mantas de baratillos que parecia aproximarse el juicio final del níquel. Se cambió á manos llenas, al 25 y un al 50 por ciento.... Aquello, más que cam-

bio, era ya una subasta; y el pueblo pobre, hastiado de crisis monetaria, viendo aquella especie de "sálvese quien pueda" en un mar de níquel, él, que no tenía en las venas níquel, sino sangre, la sintió encendérsele con calor parecido al de víctima en la hoguera.....

Llegó el siguiente día 21, y el níquel seguía malbaratándose, el pueblo ardiendo. A las primeras horas de la mañana en que se activa el comercio de los mercados y pequeñas tiendas, se hicieron sentir algunos disturbios. Eran conmociones aisladas sin inteligencia mútua ni combinacion, gritos, protestas al aire, la eterna riña del comprador y del vendedor complicada con la intervencion del gendarme, expansiones inocentes, estallido de petardo, en que se resolvía el fulminante de la cólera dispersa.... Algunas mujeres directamente agraviadas, torcedoras de cigarrillos que lloraban largos días de jornal en níquel se agrupan en torno de un hombre que, sentado en una de las aceras de la plaza del Volador, expendia la depreciada moneda en montones esparcidos frente á sí sobre su frazada extendida. Derepente, como irritadas por el espectáculo de la crisis monetaria descen-

dida escandalosamente al nivel de las piedras de la calle, tiran algunas de ellas de las puntas de la frazada, y la moneda sufre la *manta* de Sancho Panza.... Casi al mismo tiempo, un tendero del mercado popular de la Merced, acosado dentro del mostrador mismo de su tienda por obreros que le ofrecian níquel en pago de efectos, sin que él quisiese recibir el primero ni entregar los segundos, corria peor suerte que el hombre de la frazada, siendo expulsado puertas afuera por sus agresores que decidieron despacharse de propia mano..... Luego ellos y ellas, obreros y cigarreras, son en pocos momentos, sin darse cuenta de ello, ios centros de dos movimientos que se combinan y concurren tan naturalmente como confluyen los riachuelos procedentes de manantial comun. Aquella corriente humana engrosada por otras corrientes compuestas de todo lo que en calles y en plazas sufre, simpatiza, vaga, necesitando una direccion para su movimiento y una frase para sus gritos, toma la direccion del Palacio Nacional y la frase de *muera el níquel*..... Y era el medio día de dicho 21 de Diciembre. La multitud se arremolinaba ante los paderones frontales del Palacio. Allí estaban

las máquinas de amonedacion, allí residia Manuel Gonzalez reputado por el pueblo como el monedero mayor del níquel. ¿Qué extraño que la multitud se parase á gritar "muera el níquel." ante aquella doble representacion del vetusto edificio? Entregada estaba á todo el fervor de su demostracion, cuando un coche tirado por fogosos norte-americanos, la hiende por el lado de la plazoleta del Seminario. La parte de la multitud así hendida reconoce luego dentro del coche á Manuel Gonzalez de quien se dijo que iba á pasear por los mercados para calmar la excitacion con su presencia. Como si un tonel de pólvora hablase y dijese: "yo voy á apagar ese incendio" La pregunta de Jesucristo surge al punto entre aquella multitud: ¿quién tirará la primera piedra . . . ? Y no hubo alguno que no quisiese tirarla. Piedras primeras y segundas y otras de varios números ordinales cayeron sobre coche, cochero y caballos Aquello fué una lapidacion en forma. El coche no pudo seguir, obstruido como estaba el paso por la multitud aglomerada. En tal punto los gendarmes de á caballo acuden hácia el coche abriéndose paso á sablazos. Aun se oyeron dos detonaciones, sin poderse deter-

minar si procedieron de descargas hechas por individuos de la gendarmería ó de la multitud. La guardia de Palacio se pone sobre las armas al grito de alerta, y, Manuel Gonzalez sintiendo removérsele todos sus humores militares, salta de su asiento como si oyese el toque de botasilla y baja del coche Pero ve que no se trata de un hecho de armas: los amotinados no sacan ninguna ni siquiera le atropellan; se contentan con seguir gritando. Una demostracion y unos demostradores de ese género, mejor que ser batidos con hierro y plomo, reclaman la represion moral de una razon cualquiera dicha elocuentemente. Manuel Gonzalez lo comprende, siente la conveniencia y casi la necesidad de decir algo comprensible á la masa, eficaz para levantar un poco su prestigio personal sobre una situacion desprestigiada, y su naturaleza anti-oratoria se revela á esa prueba Dá algunos pasos atrás como si buscase maquinalmente el auxilio del secretario particular que le ha forjado sus discursos en cada solemnidad parlamentaria, y así retrocediendo se acoje á la puerta de la tienda de un circo yankee. Y la puerta no se abrió para salvarle de aquel trance oratorio, ni el clown

del circo yankee asomó por ella medio cuerpo para inspirarle cualquiera salida.... ¡Nada! Pareció que iba á hablar, y la multitud esperó.... Manuel Gonzalez abrió la boca, y á su esfuerzo solo respondieron ruidos ásperos, acentos guturales, gruñidos, algo como el estertor de la impotencia oratoria.... Afortunadamente, ya algunos soldados y los alumnos de la escuela militar con los marrazos desenvainados, habian podido llegar hasta él para llevarle á Palacio.... Y á pié, en medio de la gritería que continuó se dirigió de la plazuela al Palacio.... Aun quiso en el trayecto hacer un último esfuerzo por hablar.... Pero esa vez ni ruido alguno pudo percibirsele: solo se le vió llevarse su única mano á la cintura del pantalon para tirar de ella fuertemente hácia arriba, con un ademán violento que le era peculiar, en tanto que el muñon se le estremecía con nerviosas convulsiones.

Entró al Palacio el mudo Presidente, y la multitud hizo entónces lo que hace en un teatro un público exaltado cuando la cortina se levanta para que el empresario diga algo sobre el desarreglo de la funcion, y el empresario no dice nada: lanzar todo lo que tiene á mano. Si la multitud hubiera te-

nido sillas que lanzar como en los espectáculos malos, las hubiera lanzado al Palacio; pero no tuvo más que piedras, y lanzó piedras: á todo lo que le ofrecia un blanco en lo alto, á las copas de los árboles, á los faroles, á los fanales de la luz eléctrica y á las vidrieras de los balcones. Rompiendo y gritando, arrancando vigas y escaleras de los andamios de tantas casas en construccion, avanzó el grueso de la multitud por las calles de Plateros y San Francisco hasta la casa del diputado independiente Riva Palacio á quien aclamó y victoreó, como si el recuerdo de su palabra en la cámara compensase á la multitud del silencio de Manuel Gonzalez en la plaza pública.... El comercio cerrado, las patrullas de caballería recorriendo las calles y los gritos de "muera el níquel" esparciéndose del centro á los barrios más apartados dieron todo el día á la ciudad algo del aspecto que solia tomar en los más luctuosos tiempos de nuestras antiguas guerras civiles.....

.....

Tal fué el *motin del níquel* que, reproducido con manifestaciones semejantes en otras poblaciones de la República, originó un estado de excita

cion general que pudo llamarse revolucion.
 Despues de aquel dia los negociantes oficiales sa-
 sisfechos de sus ganancias, Manuel Gonzalez ago-
 biado por su indefinida depreciación personal, pro-
 ducto de la indefinida depreciacion de la moneda,
 resolvieron retirarla del comercio entregándose en
 brazos de un postrer especulador llamado Llamedo,
 á quien, por recoger semanariamente 30,000 pesos
 en moneda envilecida se le pagaron 20,000 pesos
 semanarios sacados de las Aduanas. ¡Digna muer-
 te por explotación de un negocio que nació y vivió
 de explotaciones

CAPITULO VII.

EL POSTRER AÑO DE UN PRESIDENTE

I.

Cómo empieza un año triste.

Tan tristemente se cerró aquel año de 1883 cu-
 yo fin contribuyeron á hacer más triste prisiones
 decretadas autoritariamente por Manuel Gonzalez
 y llevadas á cabo en jefes liberales por él considera-
 dos como simpatizadores más ó menos activos del
 movimiento de reprobacion que se iba determinan-
 do más y más en la opinion pública contra su tor-
 tuosa marcha política. Los generales Vicente Ri-
 va Palacio, Tiburcio Montiel, Aureliano Rivera,
 Cosío Pontones y algun otro, fueron los llamados
 y los escogidos como víctimas de la indignacion
 presidencial causada por el motin del 21 de Di-
 ciembre. Se tomó por razon plausible un artículo